

# Espacio, sociedad y ocupación del territorio en el actual departamento de Nariño, Colombia

*Space, society and land occupation in the current  
Nariño Department, Colombia*

**Oviedo Arévalo Ricardo<sup>1</sup>**

*Recibido: febrero 2010 / Aceptado: junio 2011*

## Resumen

Esta investigación se realiza sobre el área de la división político-administrativa correspondiente al actual Departamento de Nariño, Colombia y se aborda desde una perspectiva sociológica, histórica, geográfica, a partir del análisis de las categorías de sociedad, espacio, territorio y sus aportes en la conformación y consolidación de los primeros asentamientos étnicos que ocuparon este territorio, a través del estudio de las épocas de la conquista, colonia, república, hasta la actualidad. De esta manera, se generó una región pluriétnica y multicultural, históricamente pacífica, que en pocos años, se convirtió en un territorio donde hacen presencia todos los actores armados del conflicto colombiano, alterando su cultura y su estructura social.

**Palabras clave:** Espacio; territorio; región; imaginarios; globalización; narcotráfico.

## Abstract

This research is done on the area of political-administrative division for the current Department of Nariño, Colombia and is dealt with from a sociological, historical, and geographical perspective, from the category analysis: society, space, territory, and their contributions to the development and consolidation of the early ethnic settlements that occupied this land, by means of the study of the time of the conquest, colony, republic, until now. In this way, a multiethnic and multicultural region was generated, historically peaceful, that in a few years became a land where all the armed actors of the Colombian conflict are present, changing its culture and social structure.

**Key words:** Space; land; region; imaginary; globalization; drug trafficking.

---

<sup>1</sup> Universidad de Nariño, Grupo de Investigación: Sociedad y Territorio, Departamento de Nariño-Colombia.  
Correo electrónico: [rioviedo@udenar.edu.co](mailto:rioviedo@udenar.edu.co)

## 1. Introducción

Para poder estudiar el proceso de poblamiento en el departamento de Nariño, Colombia, debemos antes hacer claridad conceptual sobre algunas definiciones que enriquezcan la relación hombre entorno geográfico, en dependencia con los diferentes tipos de dominación económica y social que ha tenido el territorio durante toda su historia y los cuales han dejado su impronta en la construcción de los imaginarios locales. Este territorio fue poblado a partir del siglo XIII por comunidades indígenas provenientes del norte del Ecuador y de la Amazonia, conquistado tardíamente por el imperio incaico y, a partir de comienzos del siglo XVI, por las huestes españolas, las que fundaron en sus tierras altas las primeras factorías que, con el tiempo se convirtieron en la red de pequeños centros urbanos que caracteriza hoy su ocupación.

Lo característico del poblamiento del mundo andino precolombino fue su diversidad cultural, reflejada en el gran número de pueblos que se asentaban en las extensas llanuras de sus tierras bajas y en los estrechos valles interandinos, lo que generó todo un mosaico de relaciones sociales y de imaginarios culturales, intercomunicados por vínculos viales eficientes, que permitían cierto tipo de comercio suntuoso con miembros de sus propias etnias, que se ubicaban en pequeñas terrazas y valles, permitiendo así el intercambio de productos generados en sus propios microclimas. De esta manera, se lograba un control vertical máximo de pisos ecológicos, lo que Murra (2002)

ha llamado 'islas verticales' y que cubren casi todos los pisos térmicos, poblados por indígenas mitimaes de sus propias comunidades o, en otros casos, externos, que permitían apropiarse de un 'archipiélago de recursos'; Salomón (1980) ha identificado a sus comerciantes como una élite mindalaes, la cual buscaba el intercambio no sólo con fines comerciales sino también de reafirmación cultural y de reconocimiento a su *ayllu*, en especial asentados en 'colonias extraterritoriales', como en el cálido valle del Chota (actual provincia del Carchi e Imbabura, Ecuador); este valle surtía a las comunidades pasto de sus elementos básicos, ají, coca y algodón, en Mayasquer, Funes y el mismo valle de Atríz, como lo confirma la visita del bachiller Tomás López en 1558 (Oviedo, 2005).

Por lo tanto, estos primeros asentamientos eran más poderosos en la medida en que controlaran el mayor número de 'islas' en la variedad de microclimas andinos, los cuales los proveían, en épocas de escasez, de los alimentos necesarios para su autoabastecimiento. De esta manera, diseminaban sus fuentes de recursos alimenticios por extensos y desiguales territorios, que necesariamente debían permitir el intercambio con comunidades afines culturalmente, pero también antagónicas, haciendo del intercambio una actividad de contacto cultural y permanente de conocimientos, de experimentación y de acumulación de sabiduría. En especial resalta lo relacionado con la riqueza herbolaria de la selva tropical que, como un gran reservorio, surtía de medicina, alimentos y artículos

de lujo a las élites de las tierras altas y la cual partía de las comunidades asentadas en la alta Amazonía, en el caso del departamento de Nariño, en lo que hoy conocemos como el valle de Sibundoy, en el vecino departamento amazónico del Putumayo.

Este concepto de microverticalidad permea posteriormente todo el análisis sociológico y geográfico para la interpretación de la ocupación del territorio en el sur de Colombia. Estas características se mantienen aún en muchos de sus asentamientos, enriqueciendo el análisis y la definición sobre espacio, territorio, desterritorialización y región, temas centrales de este artículo; lo mismo que sobre la impronta de proyectos económicos y sociales que se desarrollan a lo largo de su historia y que se imponen a partir de la conquista, la colonia, la república y el momento actual de globalización, haciendo del departamento de Nariño, la única entidad territorial en Colombia, que tiene las características típicas de una sociedad andina, con su poblamiento en los tres nichos clásicos de esta formación social, la Amazonía (5% de su territorio), las tierras altas andinas (45% de su territorio) y de las tierras bajas de la llanura del Pacífico (55% de su territorio), sumándole a esto, que desde comienzos del siglo XVI, su territorio ha sido siempre de frontera, primero con el imperio Inca, luego en la colonia y hoy con la república del Ecuador.

Desde su poblamiento y ocupación del territorio en el siglo XVI, Nariño se ha caracterizado por ser considerado como una región periférica por los distintos

gobiernos que desde entonces han prevalecido en Colombia. Tempranamente se estableció el régimen de hacienda en las tierras altas de los Andes (TAA), las cuales tuvieron como unidad económica el latifundio. Se fundaron centros urbanos (CU), que hoy siguen siendo la base del poblamiento local; se redujeron las comunidades indígenas y se creó la base de la sociedad que hoy prevalece en el sur del país (Figura 1).

Las tierras bajas del Pacífico sur (TBPS) se conquistaron a comienzos del siglo XVII con la derrota militar y posterior reducción de los indígenas Sindaguas-Barbacoas (1537). Su unidad productiva fue la explotación de los placeres de oro y la importación de la mano de obra esclava. Con la conquista de estas tierras bajas, la ocupación del territorio del departamento estaba totalmente copada. De allí surgieron dos formas de ver, vivir y compartir un mismo territorio, sobreponiéndose, de esta manera, múltiples territorialidades y lealtades locales.

El departamento de Nariño tiene una extensión de 33.268 km<sup>2</sup>, que representan el 2,9% del territorio nacional; lo conforman 64 municipios y 67 resguardos indígenas, estos últimos con una superficie de 467 mil hectáreas; el 52% de su territorio pertenece a la llanura del Pacífico, las tierras altas de los Andes son un 46% y el 2% restante hace parte de la alta Amazonía.

Hasta finales del siglo pasado, Nariño tenía dificultades para comunicarse entre sus CU, la vía que comunicaba el norte de Colombia con el Ecuador sólo se realizó en los años setenta, y la vía a Tumaco

(por mar) a comienzos de los noventa. Aún está pendiente la vía al Putumayo; en 1928 se inauguró el ferrocarril que comunicaba a Tumaco con el Diviso, desmantelado a finales de los años cincuenta. Aún hoy, en el 55% de su territorio, el principal medio de comunicación es fluvial o marítimo. Este aislamiento creó un sentimiento de territorialidad propio, generando identidades e imaginarios locales que son la base de su regionalidad y de su propia cultura. El ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889) calificaba su cultura local como parte de lo 'típico' en América del Sur, acompañado del gaucho argentino, el roto chileno y el llanero venezolano (Montalvo, 1898).

Demográficamente se puede decir que Nariño ha ingresado en un proceso de transición demográfica, con bajas tasas de natalidad y bajas tasas de mortalidad; según el censo de 1995, tenía un millón y medio de habitantes, que representan el 3,5% de la población del país, siendo que el 10,8% de ella es indígena (155.000 personas), el 18,8% es afrodescendiente (270.000 personas) y mestizo el restante 70%, superando con casi cuatro veces más en indígenas y dos veces más en afrodescendientes que el promedio nacional; el 53% de su población es aún rural; tres municipios (Pasto, Tumaco e Ipiales) tienen más de 100 mil habitantes, 21 municipios tienen una población inferior a 10 mil habitantes (Viloria de la Hoz, 2007).

Nariño es una de las entidades territoriales más pobres de Colombia: de cada cien pesos que se producen en el país, tan solo 1,7 de ellos se genera en el departa-

mento. Su población representa el 3,45% de todos los colombianos, el 38,5% de sus hogares tienen necesidades básicas insatisfechas (NBI), mientras que el promedio nacional es del 25,8% y 4,3 veces más que el de Bogotá; en la región del Pacífico, el 63% de los hogares presentan este indicador.

En cuanto a su estructura económica, es poco competitiva: se ubica en el puesto 18 de 23 departamentos estudiados por el Banco de la República; su participación en el PIB es de 1,9%; el sector agropecuario es el más dinámico con el 32%, el comercio con el 7%, transporte con el 6% y la industria con apenas el 3%, seguido de la minería con un 1,2% (Viloria de la Hoz, 2007). Estos indicadores se deben fundamentalmente a las políticas aperturistas y globalizantes aplicadas desde el gobierno central y que han resentido la producción de cereales y lácteos; aunque el área de cultivos ilícitos ha disminuido en relación a años anteriores, hasta diciembre de 2009 estaban sembradas de coca 16.428 hectáreas (frente a 12.272 sembradas de papa), que representan el 24% de este cultivo en el país, siendo hoy Nariño el primer departamento productor y exportador de alcaloides (UNODC, 2009).

El 38% de los hogares rurales son atendidos por madres cabeza de hogar, las cuales, entre otros factores, llegaron a esa condición por la migración sostenida de miles de "raspachines", que se dirigieron al vecino Departamento del Putumayo y no regresaron. Cadenas productivas importantes, como la del trigo y de la cebada, se extinguieron en los últimos

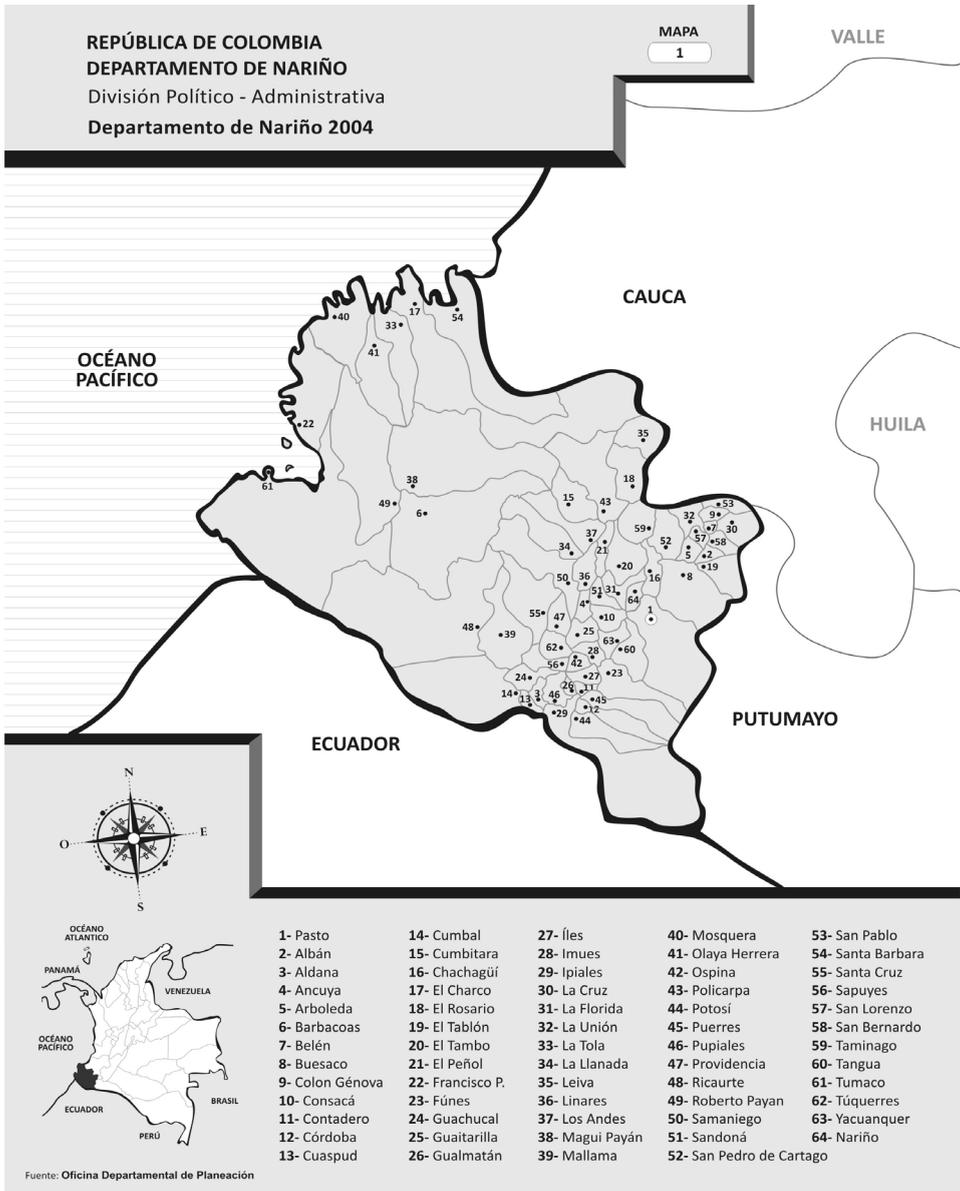


Figura 1. División político-administrativa del departamento de Nariño, Colombia

veinte años, debido ante todo a las políticas neoliberales implementadas desde el gobierno del presidente César Gaviria (1990-1994). Nariño llegó a ser el segun-

do productor de trigo y el primer productor de cebada del país. Hoy más del 26% se encuentra en situación de miseria. Uno de cada tres nariñenses vive fuera

del departamento, migrando especialmente hacia zonas del Putumayo, valle del Cauca y centro del Ecuador.

A pesar del crítico diagnóstico anterior, este departamento es rico en su ocupación espacial del territorio. En este artículo se tuvieron en cuenta los aportes de: Victor Murra (2002) sobre la comprensión del mundo andino; Sergio Bossiano y sus contribuciones sobre la estructura y prestación de servicios en la ciudad moderna y la región virtual; Manuel Castell (1995), con relación al funcionamiento de la ciudad moderna y la información; Carlos Matus (1994) y sus análisis sobre un sistema de planificación altamente participativo e incluyente, en especial la relación entre lo político y lo técnico. También de José Luis Coraggio (1997) revisamos lo señalado sobre los problemas de la globalización y la crisis de los Estados nacionales; de Orlando Fals Borda (1988), la definición y aportes de la región, los problemas sociales, con énfasis en el tema de ordenamiento territorial y la conformación de conflictos sociales; de Fernando Calero (1991), sus investigaciones sobre la apropiación del territorio de las comunidades precolombinas en el sur de Colombia; del sociólogo Miguel Borja (1996), sus aproximaciones en torno a la ocupación del territorio de la actual Colombia; e indudablemente los trabajos de Odile Hoffman (2007) sobre la conformación de las comunidades negras en Colombia; así como los estudios que sobre las mismas comunidades, realiza el profesor de la Universidad de Liverpool Peter Wide; del hindú, Appadurai Arjun (1996), sus contribuciones

sobre la modernidad y cultura en el entorno de la globalización y sobre la lectura del paisaje social; del brasileño Milton Santos (2000), sus aportes epistemológicos sobre espacio y territorio.

Uno de los objetivos centrales de esta investigación es contribuir en la construcción y comprensión del discurso de región, que hasta el presente es inexistente, analizando las variables de espacio y territorio y de la ocupación y poblamiento territorial, que desde un inicio y hasta hoy, se presenta con asimetrías y exclusiones sociales, creando de esta manera, élites señoriales que perduran en el tiempo, todo lo anterior, permeado por un aislamiento histórico del departamento de Nariño, que se manifiesta en ser una de las entidades territoriales más pobres de Colombia, paradójicamente, teniendo una gran riqueza biótica, mineral y étnica.

## 2. El espacio social

Los conceptos de territorio y espacio tienen un uso antiguo en las ciencias sociales y naturales. Para las ciencias naturales, el territorio sería el área de influencia y presencia de una especie animal, la cual lo domina de manera más intensa en el centro y va reduciendo esta intensidad en la medida en que se aproxima a la periferia, donde compite con dominios de otras especies; el territorio allí es vital para la subsistencia y la reproducción y lo delimita la resistencia del otro para preservar para sí sus propios recursos, que, además, le garantizan su subsistencia.

Las ciencias sociales incorporan el concepto de territorio para la especie humana como el espacio de dominación, propiedad y/o pertenencia, de los individuos o las colectividades, sean estas naciones, estados o pueblos; es decir, como espacio sometido a unas relaciones de poder específicas, donde se crean y recrean las contradicciones de las relaciones de cooperación o de conflicto que de ellos se derivan y nos explica el modo de producción y el desarrollo desigual que impera, teniendo, entonces, que sus relaciones económicas (el capital) ‘producen’ territorio y ‘espacio’, en la medida en que se generan rasgos homogéneos y dicotómicos, tanto en la producción como en la reproducción social del capital; es decir, que cada modelo económico genera a su vez nuevos territorios y espacios, que corresponden al modelo de producción correspondiente; en nuestro caso, en algunas ocasiones se puede observar la existencia de varios conceptos de espacio y territorio yuxtapuestos en un mismo modelo económico, los cuales representan el tránsito desde lo precolombino a lo actual.

Pero ninguno de estos conceptos ha sido propiedad exclusiva de las ciencias sociales, sino que se utilizan indistintamente por otras disciplinas, como la física y las matemáticas, en algunas ocasiones deformando su definición epistemológica o simplemente se desconoce, se desnaturalizan sus significados, se los cosifica, utilizados, de esta manera, confusamente para significar diferentes conceptos, los cuales, por el abuso, se vuelven sinónimos, como nos invi-

ta a reflexionar Fals Borda (2000: 87): *“Quitar de la mente algunas telarañas concernientes a la idea del espacio. Por regla general, vemos éste como una entidad de dimensiones físicas (alto, largo, ancho, pequeño, grande) que, una vez dadas, quedan estáticas, configuradas para resistir los cambios.”*

Este es el análisis clásico mecanicista newtoniano de la construcción social de la visión de territorio rígido con límites definidos; para Fals Borda (2000: 1), *“es necesario derruir la idea clásica y concebir el espacio como un ente flexible y variante, con impulsiones que van y vienen, no solo por el principio antrópico sino por el de la construcción social en el tiempo que ha venido enmarcando la explicación sociológica contemporánea.”* Es decir, un ente de construcción eminentemente social, que como en la pintura renacentista de Giotto, *prime el sfumatto* en sus fronteras, antes que los límites definidos de las acciones de sus diferentes actores.

Antes de definir el concepto de territorio, se hace necesario precisar lo que se entiende como espacio. Al respecto, Milton Santos (2000: 57) propone concebirlo como *“un conjunto indisociable, solidario y también contradictorio, de sistemas de objetos y de sistemas de acciones, no considerados aisladamente, sino como el contexto único en que se realiza la historia”*. De esta manera, se desarrolla una construcción simbiótica entre objetos y acciones; los sistemas de objetos no ocurren sin los sistemas de acciones y estos últimos no suceden sin los primeros. Todo ello lo permea el tiempo,

que se construye históricamente. Para Santos (*ibídem*) “*Al principio la naturaleza era salvaje, formada por objetos naturales, pero a lo largo de la historia van siendo sustituidos por objetos fabricados, objetos técnicos, mecanizados, y después cibernéticos, haciendo que la naturaleza artificial tienda a funcionar como una máquina. A través de la presencia de esos objetos técnicos; centrales hidroeléctricas, fábricas, haciendas modernas, puertos, carreteras, ferrocarriles, ciudades, el espacio se va marcando por esos agregados, que le dan un contenido extremadamente técnico.*”

*El espacio geográfico hoy es un sistema de objetos cada vez más artificial, provocado por sistemas de acciones igualmente imbuidas de artificialidad, y cada vez más tendentes a fines extraños al lugar y a sus habitantes”.*

Por lo tanto, se hace necesario diferenciar entre lo natural y lo artificial, entre lo ‘dado’ y lo que se ‘hace’, por parte del hombre; los objetos son el resultado del desarrollo tecnológico del hombre a través de la historia; hoy la tendencia es que los objetos cada vez son más numerosos que las cosas, y las reemplazan. “*En un principio todo eran cosas, mientras que hoy todo tiende a ser objetos.*” (Santos, 2000: 53).

Estos objetos no solo contemplan lo utilitario (utensilios y herramientas); también incluyen sus expresiones semióticas, que surgen del imaginario de estos grupos sociales y que hoy se puede ver en la construcción de la ciudad, donde se juxtaponen diferentes sistemas de concebir los vínculos de transporte en

sus diferentes modos de dominación y que se refleja, entre otros, sobre la malla vial urbana, que obstinadamente quieren cambiar los urbanistas y planificadores a favor de nuevos objetos, más eficaces para sus intereses mercantilistas.

La espacialidad no es una propiedad exclusiva de los cuerpos, pero sí una nueva definición aplicada al territorio que, para el mismo autor: “*es el momento categorial fundamental de todo lo corpóreo real; es lo que abarca todos los momentos, de la extensión, de la forma, la posición, la distancia, la dirección y la diversidad de dirección, por eso abarca también el movimiento y las conexiones espaciales*” (Santos, 2000: 56).

Fals Borda (2000) difiere del criterio newtoniano de rigidez y permanencia en el tiempo y se acerca más a las teorías relativistas de Einstein, donde el movimiento y la transformación son lo característico y, por lo tanto, las fronteras del mismo espacio se confunden y crean límites fluidos poco diferenciados o imposible de ser demarcados, que se acercan de esta manera, a la teoría marxista de la gradualidad en los cambios sociales y de éstos con su entorno natural.

Por lo general, las ciencias sociales han tratado de cambiar la visión puramente mecánica que se tiene sobre lo espacial; la entienden a partir de las leyes que lo construyen o reconstruyen socialmente y dejan implícita la espacialidad física como tal; esta investigación reconoce estos aportes y los asume creadoramente.

Se sigue considerando que hombres y territorios tienen una dimensión espacial, siendo imposible su existencia sin

esta dimensión o más allá de ella; de ahí que conceptos como región, ordenamiento territorial, etc., se deban comprender dentro de lo espacial por esta dimensión y condición primaria de su existencia, sin confundirse con la sola referencia aislada a territorio y/o superficie terrestre. En su interior, se desarrollan los procesos naturales y los hechos sociales, en un sentido interrelacionado y dialéctico, que configuran lo que es 'espacial' en última instancia.

Por lo tanto, los objetos del espacio contemporáneo no son colecciones al azar, sino sistemas que surgen a partir de un comando único y que parecen dotados de una intencionalidad más definida que en épocas anteriores, intencionalidad que puede ser mercantil o simbólica. Se vive en una época en que el número de objetos del espacio geográfico se han multiplicado exponencialmente: en los últimos cuarenta años se vieron surgir sobre la faz de la tierra más objetos que en los anteriores cuarenta mil años (Santos, 2000).

En la conquista, para América Latina, el espacio sólo se concebía como un vasto horizonte de diferentes operaciones militares y mercantiles; en las primeras, sólo era válido en la medida en que el espacio se supeditara a la capacidad de las huestes para entrar, cabalgar y ranchar, y en las segundas, en crear, antes que ciudades improvisadas, factorías donde se pudiera acumular las riquezas generadas por el saqueo a las comunidades prehispánicas; en la colonia, lo característico fue superponer los nuevos núcleos urbanos sobre las behetrías indígenas y

relacionar la funcionalidad espacial en torno a su cercanía a la explotación del oro (Tovar, 1997).

A partir de la última década del siglo pasado, nuevamente el espacio se redefine a partir de la utilidad militar, se precisa su uso, se afectan procesos de poblamiento en las fronteras agrícolas o mineras y se generan grandes fenómenos de desterritorialización, creados no sólo por los hechos de la confrontación armada, sino también por la introducción a la fuerza de procesos agroindustriales, de carácter de plantación (coca, palma aceitera, en algunos de los países andinos), la cual tiene como característica el monocultivo acompañado de procesos agroindustriales, los cuales casi siempre se generan en centros urbanos desarrollados; de esta manera, al espacio rural lo monopolizan las fuerzas más agresivas del mercado; muchas de ellas provienen de los actores sobrevivientes de las diferentes guerras y enfrentamientos del narcotráfico, los cuales generan nuevas lecturas espaciales, donde lo autóctono y propio se mira como un estorbo para los nuevos usos del suelo planteados por estos nuevos actores económicos y, como en el caso de la colonia, solo se permite un uso espacial del territorio a aquellos individuos o comunidades que aceptan estas nuevas realidades sociales y económicas.

### 3. El territorio

Analizar el territorio (del latín *terra*) es importante para la comprensión histórica de la formación y ocupación social

en Colombia y el actual departamento de Nariño. Para ello, debemos tener en cuenta que toda relación social tiene como escenario el territorio, el cual sirve para materializar las relaciones sociales y delimitar las formas de dominación que ejerce el Estado sobre el mismo. Por lo tanto, se convierte en un espacio donde se ejerce, se administra y gestiona el poder que se genera a través del Estado, pero también de sus actores y de sus organizaciones sociales o empresariales, las cuales construyen vínculos espaciales con otros territorios o con el imaginario de nación o de otras naciones que se construye entre ellos.

Se debe recalcar que el territorio es, ante todo, una construcción social; para su estudio y conocimiento se incluye el estudio detallado de sus procesos de producción y reproducción del capital, pero también de las relaciones sociales que dentro de él produce, teniendo en cuenta que, en la misma génesis del origen del Estado colonial o del capitalismo, éstas se definen por crear sistemas profundamente desiguales, fuertemente estratificados y excluyentes, que, para Duverger (1972: 19) son la esencia misma de su génesis: *“el sistema occidental se formó en el interior de un sistema absolutamente diferente, que podríamos llamar ‘aristomonarquía’ que tenía como base la igualdad de los hombres frente a la ley pero no frente a sus semejantes”*.

Esto hace que su apropiación respecto al territorio también sea desigual y excluyente, lo que hace que un mismo tiempo y momento concurren y se yuxtaponen distintos conceptos, identidades y apre-

ciaciones sobre el territorio y su relación con los demás vínculos que se puedan dar, lo que generan consensos territoriales, pero también conflictos, como lo afirma el sociólogo Manuel Castell (Diario El País, 2010): *“En un mundo globalizado como el nuestro, la gente se aferra a su identidad como fuente de sentido de sus vidas. Eso dicen los datos y eso revelan los conflictos sociales o violentos, que configuran el mapa dramático de una humanidad convulsionada y que se remiten casi siempre a la defensa de identidades agredidas.*

*Cuanto más abstracto se hace el poder de los flujos globales de capital, tecnología e información, más concretamente se afirma la experiencia compartida en el territorio, en la historia, en la lengua, en la religión y, también, en la etnia. El mito universalista de los racionalismos liberal y marxista ha sido desmentido por la experiencia histórica. La cuestión que se plantea, entonces, es de las condiciones de su comunicación en un futuro compartido. Pero pensar la relación de identidades en su diversidad exige su reconocimiento previo”*.

Lo anterior produce una apropiación del imaginario territorial desigual, desequilibrado, por esencia excluyente y opresor, que, por su carácter social, es móvil y mutable, el cual, al derrumbarse, como fue el tránsito de la colonia a la república, puede arrastrar sus anteriores instituciones y relaciones, las adapta a nuevas realidades, esto permitió que los grupos fundantes de estas desigualdades sigan gozando de privilegios históricos, manteniendo en el tiempo, el poder que

se ejerce sobre los demás actores; las *'nuevas instituciones'* siguen con la vieja práctica de avasallar al otro, ya no por las normas heredadas por una dominación tradicional, sino ahora por cuenta de la democracia y la racionalidad.

Entonces, cuando hablamos de territorio, nos referimos a una extensión terrestre con límites creados por el hombre y en la cual se incluyen y se desarrollan las relaciones de poder y/o posesión de individuos o de grupos sociales, que se manifiestan en la creación y recreación de imaginarios de soberanía, pertenencia, apropiación, disciplina, vigilancia y jurisdicción, que determinan los límites de ese territorio y le dan rasgos homogéneos, los cuales le dan características propias que lo van a diferenciar de otros territorios (Figura 1).

Entonces tenemos que el significado de territorio se relaciona con el dominio que se ejerce sobre él y se liga, en muchas ocasiones, al concepto de lo público y estatal (baldíos, tierras comunales, entidades territoriales, normas, jurisdicción, etc.), y, en otras, a lo privado (área de influencia del mercado de una empresa, propiedad privada, etc.), aunque no se descarta la combinación armónica o en conflicto de estos dos conceptos. En últimas, el territorio es el espacio apropiado por el hombre para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales, que pueden ser materiales o simbólicas (Jiménez, 2001: 6).

De esta manera, el territorio se construye a partir de la actividad espacial de actores que operan en diversas escalas. Esta actividad espacial se refiere a la in-

trincada red de relaciones y actividades, de conexiones y de localizaciones con las que opera un actor determinado, ya sea un individuo o un grupo de ellos, o agentes particulares como los propietarios de una empresa local, nacional o transnacional, una ONG o cualquier grupo de poder. Dado que la capacidad y alcance de la actividad espacial es desigual y convergente en los lugares, la apropiación de territorio y, por consiguiente, la creación de la territorialidad, generan una geografía del poder caracterizada por la desigualdad, la fragmentación, la tensión y el conflicto.

Al darse el fenómeno de que en un mismo espacio nacional o regional operan agentes o actores que ejercen jurisdicción y mando que delimitan su territorio frente a los otros, o yuxtaponen su poder sobre otros actores ya establecidos; en el caso de Colombia, se observan organizaciones guerrilleras que se territorializan y expulsan o dominan actores territoriales locales; migrantes que se apropian de las periferias urbanas o emigran a otros países vecinos, compañías comerciales que superponen o fragmentan su territorio al de los Estados.

En el espacio local, desde el siglo XVII, dos proyectos macro-económicos distintos generaron apreciaciones diversas de apropiación del territorio en el departamento de Nariño, y crean dos formaciones sociales antagónicas, pero a su vez complementarias: en las tierras altas de los Andes, se estableció la hacienda, que tenía como mano de obra a las comunidades indígenas que conformaban su unidad básica de producción económica

y de poblamiento, la cual desarrolló una visión lascasiana de ocupación del territorio; y en las tierras bajas del Pacífico sur, la explotación de los placeres del oro y la importación de mano de obra esclava fue lo característico de esta economía extractiva, que tuvo como proyecto de poblamiento las riberas y meandros de los ríos, donde se asentaba la mina y sus centros urbanos, desde la cual se reconstruyeron sus redes de vínculos espaciales y económicos, crea su propia imagen identitaria, que tenía como base la esclavitud, que expresa la exclusión extrema de su mano de obra, y genera una élite de 'los señores del oro', los cuales serán protagonistas de primera fila en la creación del imaginario de lo local, en el hoy departamento de Nariño.

Lo anterior establece procesos de apropiación, de identidad y afectividad, mejor conocidos como procesos de territorialidad, que refleja el grado de control de una persona, grupos sociales, Estado, empresas nacionales o multinacionales sobre una determinada porción del territorio, que generan un conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas capaces de garantizar la apropiación y permanencia de un territorio por un determinado agente social, o el Estado, como lo manifiesta Boisier (2001: 1): "... *Nos gusta, en nuestra propia fatuidad, recordar que Aristóteles hablaba del hombre como un 'animal político', que encontraba en el ágora y en la polis los espacios para su realización social, como arquitecto de la cosa pública, la 'res publica' como dirían más tarde los romanos. Tratamos de ocultar o de no*

*recordar el hecho más primario de ser el hombre un 'animal territorial', que ocupa, usurpa y defiende su entorno físico con igual o peor ferocidad que cualquier otra especie animal. Con mucha mayor ferocidad a partir de su paulatino dominio de la técnica de las armas destructivas. No nos gusta recordar esta faceta de nuestra personalidad, quizás precisamente porque ella nos recuerda nuestra cercanía indesmentible al mundo primitivo de las fieras. El cerco en torno a la casa, la muralla en torno a la ciudad, los hitos y alambradas entorno al país, ¿qué son sino mecanismos de preservación del territorio propio?"*

Tenemos entonces, que la territorialidad se asocia con apropiación y ésta con identidad, pertenencia y afectividad espacial, que se combinan y definen territorios apropiados de derecho, de hecho y afectivamente. El actual departamento de Nariño, desde tiempos precolombinos, está compuesto de territorios que se sobreponen o se complementan y se derivan en diversas formas de percepción, valoración y apropiación; es decir, de territorialidades que se manifiestan cambiantes y conflictivas. Las lealtades al territorio surgen del grado de territorialidad, y en un mismo espacio se pueden yuxtaponer varias lealtades a distintos actores territoriales (animal territorial) y, en muchas ocasiones se manifiesta como regionalismo, el cual se expresa históricamente por la presencia o ausencia, la inclusión o exclusión de los diferentes actores que se interrelacionan con el poder.

Pero, también en el territorio, se dan procesos de desterritorialización, donde

se conciben procesos de pérdida territorial derivados de los conflictos de poder generados por los diferentes actores territoriales, y que se pueden manifestar en forma pacífica o violenta; en la primera, se manifiesta en el ingreso de empresas que, en el juego de la 'libre competencia', pueden expulsar pacíficamente a sus competidoras, al reconstruir redes de distribuidores y pertenencia a sus clientes a partir de mejores precios y de calidad, o de una combinación de los dos. En forma violenta o de extremo conflicto, cuando los diferentes actores tratan de dominar el territorio a partir de la imposición de la fuerza de las armas o del terror y que se manifiesta en el desplazamiento forzado de sus pobladores, en la pérdida de su tejido social, lo que los sitúa en un estado de alta fragilidad social, en la medida en que se fracturan su sentido de pertenencia y sus imaginarios identitarios, colocan al individuo o a su grupo social en un estado de indefensión frente a sus victimarios o a los demás actores receptores, y convierten, de esta manera, el terror en un factor de poder y de reorganización violenta del territorio; como nos dice la investigadora Donny Meertens (2002: 1), citando a la noruega Lusa Malki: *"La identidad (de los refugiados) siempre es móvil y cambiante, en parte una autoconstrucción, por otra parte una categorización impuesta por otros, en parte una condición, un status, una etiqueta un arma, un escudo un fondo de memorias....el desplazamiento conlleva un cambio radical en el contexto (la tierra, el trabajo, la participación social) y en la relación con los otros, atravesadas, pri-*

*mero, por hechos violentos, y luego por la imposición de categorías estigmatizantes. Pero el desplazamiento también activa resistencias y nuevas búsquedas y representaciones de lo propio o simplemente aferrarse a ese fondo de memoria."*

Colombia y el departamento de Nariño han sufrido, periódicamente, de esta ola de migrantes generados por los conflictos políticos y sociales internos, desde la época de la temprana República, pasando por la Guerra de los Mil Días, la violencia partidista de mediados de siglo, hasta este último período violento, cuando la guerra, como nunca, está en todo el territorio del departamento; lo nuevo es que los diferentes actores violentos tienen diversas prioridades sobre la apropiación y uso del territorio, desde el narcotráfico hasta la toma del poder por las armas.

De manera que, al examinar el problema del poblamiento del territorio y de sus consecuencias de territorialidad, se hace necesario hacerlo en una perspectiva espacio-temporal o socio-histórica, teniendo en cuenta las relaciones de lo local, con lo regional, nacional e internacional, en que ocurre su dinámica económica, social y política, los intereses y los conflictos por y en el territorio de sus diferentes actores y los procesos de territorialización y desterritorialización que se producen y cómo éstos, a su vez, generan una nueva visión de territorio, construido, reconstruido y poblado por actores violentos que, a partir de la fuerza y/o el terror, se han impuesto sobre los demás, y generan a su vez nuevos conflictos so-

ciales, que tienen como telón de fondo los problemas originados por un desarrollo desigual, que produce diversos imaginarios de lo local, alimentado en los últimos tiempos por el ingreso del negocio del narcotráfico a lugares históricamente pauperizados y aislados de la construcción del Estado nacional.

#### 4. La región

Etimológicamente, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (1983) define región como: *“(del latín regio) Porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, administración, gobierno, etc. Cada una de las gradas divisiones territoriales de una nación, definida por características geográficas e histórico-sociales, y que puede dividirse a su vez en provincias, departamentos, etc. Y en su definición militar: cada una de las partes en que se divide un territorio nacional, a efectos de mando de las fuerzas terrestres en el mismo”*.

Si se parte de su definición militar, se llega a que precisamente la palabra región tiene sus raíces etimológicas en las divisiones que practicaban los augures latinos al delimitar, mediante líneas ‘rectas’, determinados sectores del cielo formados por grupos de estrellas. Acompañado de preocupaciones en cierta medida parecida, los geógrafos, y luego otros estudiosos de los fenómenos que se suceden en el espacio terrestre, se han esforzado en dividir la superficie terrestre,

para proceder a su estudio y descripción. Entonces, desde una perspectiva de las ciencias sociales, podemos sostener que la región sociocultural nace de la historia, de un pasado vivido en común por una colectividad, en una porción de territorio; es la expresión espacial -en un momento dado- de un proceso histórico. Durante generaciones la población de un área territorial experimenta las mismas vicisitudes históricas, afrontando nuevos desafíos. Tuvieron los mismos líderes y se guiaron por modelos de valores semejantes: de aquí surge un modelo de vida peculiar y, a veces, la voluntad de vivir colectivamente que confiere la identidad a la colectividad considerada (Grupo Propuesta Ciudadana).

La región, de esta manera, fue en el pasado un sinónimo del ejercicio de una territorialidad absoluta de un individuo, familia o grupo, territorialidad, a veces manifiesta a través de ciertas características de identidad, de exclusividad y de límites, pero también de un origen y una historia común, que hace que surjan solidaridades e identidades comunes de regionalidad que la identifican y que, en el caso del departamento de Nariño están ligados profundamente con los procesos políticos electorales, donde los ‘barones electorales’ marcaron, con sus excentricidades y despotismo estas regiones. Estos rasgos homogéneos son el hilo conductor de esta investigación.

Para autores como Miguel Borja (1996: 26) las regiones han sido la célula en la que ha descansado la organización y posterior desarrollo del concepto de Estado Nacional en Colombia. Con ella

se formó el concepto de país en la colonia y posteriormente se recompuso en la República y sólo fue interrumpida con la promulgación de la Constitución Política de 1886, “cuando se buscó anular las provincias y regiones, para a la nación, el Departamento y el municipio, en las unidades territoriales del nuevo Estado”.

Para Orlando Fals Borda (1988: 27-28), provincia y región pueden tener las mismas características, especialmente por sus definiciones etimológicas originadas en los confines del Imperio Romano, especialmente en las antiguas provincias de Hispania y Galia, “de donde derivamos en Colombia el modelo provincial, vieron el florecer de unidades relativamente pequeñas constituidas por ‘países’ que, a diferencia del sentido nacional que hoy damos a esta palabra, eran simples lugares, aldeas o territorios campestres muy reducidos (Pagi), como la ínsula Barataria de Sancho Panza, en donde los habitantes se identificaban entre sí por costumbres, dialectos y estilos de vida propios.

Para Alberto Mendoza (2000: 49) la región: “Es una porción del territorio, de tamaño variable, delimitada por límites arcifinios, individualizada por algún elemento unificador que la distingue, le imprime el carácter único y la hace singular frente a otras regiones.

Coraggio (1989: 91) se refiere a la región como “ámbitos o áreas, definidas a partir del dominio territorial particular de una relación de acoplamiento o de una relación de semejanza” (homogeneidad) y define las relaciones entre natura-

leza y sociedad cuando dice que lo natural no es algo que subyace ‘debajo’ de lo social sino que está en el interior mismo de las estructuras y procesos sociales, lo que lleva a considerar a la colectividad asentada en el ámbito definido como región como un complejo social-natural, donde no sólo hay agentes sociales y sus relaciones, sino también elementos naturales relacionados a través de procesos ecológicos, y, así mismo, un sistema de relaciones sociales de apropiación de elementos naturales por los elementos de la sociedad.

Rofman (1983) plantea que el concepto de región parte de reconocer que cada sociedad organiza su espacio y le imprime una forma específica de configuración. Además, Manuel Castells (1995) observa que estas definiciones deben ser enriquecidas con nuevos sucesos como la tecnología, especialmente aquella que supera los límites de lo local y nacional y ubica en una aldea global; para el autor, éste es uno de los temas a definir en el actual milenio.

Por lo tanto, resulta racional la utilización del concepto de formación social de la región como organismo históricamente determinado, lo que subyace en la base de la organización y configuración eventuales de lo espacial.

Otros autores han buscado inscribir la integración de lo espacial y lo regional dentro del fluyente proceso de la historia que debió caracterizar a toda averiguación sobre una determinada formación económico-social. De esta manera, se intenta superar las notorias limitaciones de algunos estudios regionales que úni-

camente consideran lo singular y característico de las regiones, tal y como aparece en el presente, sin tener en cuenta el sentido integral de las influencias pasadas y de las tendencias futuras. También se quiere ir más allá de considerar a la región *“como entidades autónomas separadas del sistema nacional o internacional del que forman parte, el cual llega así a concebirse como la mera suma de sus regiones”* (Palacios, 1983: 65), este estudio trata a la región con todas sus contradicciones internas, en especial las generadas por procesos económicos disímiles implantados desde la ocupación europea y que hasta el día de hoy se mantienen y cómo puede ser su proyección hacia el futuro.

Este estudio de la articulación o desarticulación entre lo regional y lo nacional, para los autores que defienden lo histórico como inseparable de la investigación socio-espacial, es fundamental, en tanto caracterizaría el estilo propio de la formación social latinoamericana, esto porque se supone ha existido, en el medio continental aludido, una relación de desigualdad social, de dominación respecto de lo cual se establecerían las diferencias mayor o menormente acentuadas, que caracterizarían a una región determinada: *“En síntesis, la región se conceptúa como un espacio históricamente constituido, que es producto de las relaciones sociales y de patrones de dominación imperantes en las sucesivas etapas históricas de su desarrollo.”* (Palacios, 1983: 65).

Se destaca así la noción de comunidad como elemento de identidad regional;

además, de que el concepto de formación social asume un papel fundamental respecto de las configuraciones espaciales producidas en un territorio en distintos momentos históricos, hoy se destaca la necesidad de enfoques relacionados con factores de mayor relevancia para conformar la idea de región (relaciones entre naturaleza y sociedad, entre espacio y espacialidad, espacio y territorio).

Al contrastar las anteriores definiciones, pero sin descartar la importancia de lo histórico en relación con lo regional, las últimas teorías antropológicas y sociológicas enfatizan en el concepto de espacio como construcción cultural; aún más, como determinación cultural, en la medida en que la percepción (por ejemplo, ideológica) de una u otra manera condiciona la forma de ver el mundo y la realidad cotidiana, en tanto se está condicionando culturalmente, y al auto-identificarse, por ejemplo en la averiguación de lo regional como espacio social, se puede reflexionar y conocer con qué elementos y símbolos se construye una cultura, una forma de percibir el mundo y las cosas.

Según este concepto sociológico, que busca especificar el sentido de las relaciones sociales productivas, en cualquier sociedad históricamente determinada, el concepto de espacio social se delimita como el dado por la actividad del hombre desde su contexto cultural; aquí lo regional adquiere una dimensión heurística: el espacio social como producto de la cultura.

Finalmente, si bien se ha desarrollado una teoría del espacio social y de la re-

gión, que adoptó los aportes de lo histórico y lo económico, hoy se agrega un componente considerado fundamental, como es el **ecológico**, en autores que parten de considerar que, en el espacio social estructurado para desenvolvimiento de los capitales en el mundo, se ha provocado una acelerada destrucción de recursos, reservas naturales y sociales, que está llevando o induciendo a una forma de autodestrucción aceptada, sin mayor obstáculo, por todos.

Aunque el capitalismo tiene como característica contemporánea la globalización, que tiene como discurso en las ciencias sociales el postmodernismo, aún hoy no podemos decir que estos procesos globalizantes lleven al fin del territorio y el no lugar, como tampoco a la negación de la región; al contrario, las regiones hoy son el soporte y la condición de esas relaciones globales, las transforman continuamente, renuevan permanentemente su arquitectura por estructuras más complejas en su coherencia funcional, se recomponen en breves lapsos de tiempo su estructura social y, por lo tanto, reconstruyen vínculos y objetos en forma permanente (Santos, 2000).

## **5. Los imaginarios sociales en la construcción del estado nacional y de región**

Cuando los europeos llegaron a América, se encontraron con una gran diversidad de sociedades, desde las pre-estatales establecidas en el neolítico hasta sociedades estatales fuertemente centralizadas,

jerarquizadas y estratificadas, como lo fueron sus dos más grandes imperios, los incas y los aztecas, los cuales, por sus características de formación étnica y social sobrepasan los imaginarios y las formas de dominación del Estado Nacional de origen europeo.

Se parte del hecho histórico de que siempre hubo sociedad y no siempre existió el Estado; este último surgió con la aparición de las clases sociales y sus contradicciones, en especial las que tienen relación con la propiedad privada, incluso para aquellas sociedades donde la propiedad privada no fue relevante y que Marx (2004: 13) denomina de ‘modo de producción asiático’, que no encajaba en los modos históricos de producción, como el esclavista o el feudal; éste tenía como características sociedades fuertemente centralizadas, casi siempre manejadas por un déspota y su entorno, los cuales monopolizaban recursos vitales, como la mano de obra (mita), el agua, la tierra, caminos y el monopolio de algunos cultivos (en el mundo andino, por ejemplo, la coca) y el cual se mantiene a través del tributo de sus dispersos asentamientos agrícolas, como nos dice Ávila Sandoval (2003: 325): *“Los principales elementos del modo de producción asiático a buscar en las sociedades antiguas fueron: Estratificación social sin llegar a constituir clases sociales en comunidades aldeanas igualitarias, inexistencia de propiedad privada de la tierra, producción no orientada hacia el mercado con uso limitado de moneda, un Estado propietario de la tierra coordinador del esfuerzo social canalizando prefe-*

*rentemente a la realización de grandes obras hidráulicas centralización de los excedentes y su disfrute por un reducido grupo de privilegiados que heredaban las prebendas, urbanismo poco desarrollado, y un esclavismo que no excluía la libertad personal del individuo.”*

Para el caso de este estudio, el norte de Suramérica, la costa Pacífica, es una de las selvas tropicales con los más altos registros de pluviosidad del mundo y una gran biodiversidad; además, con una de las tierras altas más fértiles del continente, gracias a sus suelos volcánicos; estas nuevas realidades ecológicas en vez de impedir el desarrollo cultural y social del hombre andino, rehízo sus imaginarios y los acoplaron a estas nuevas realidades y crean sociedades en que, según los primeros cronistas, su poblamiento tenía formas de las antiguas behetrías castellanas, por su alto grado de dispersión poblacional, como fueron las que habitan hasta hoy en el actual departamento de Nariño, como nos dice la investigadora Shady Solís (2000: 48): *“Estas diversas adaptaciones e interrelaciones humanas, correspondientes a las diferentes zonas del territorio andino, se produjeron casi desde su poblamiento y se expresaron en sociedades con una economía mixta de amplio espectro, diferenciada una de la otra.*

*Así también las culturas y los idiomas fueron singulares. Por tanto, estas distinciones y similitudes culturales devinieron del proceso neolítico, que tuvieron las sociedades que hacían frente y sometían a un territorio muy difícil, de condiciones inestables y recursos con-*

*trastados. Desde entonces, hemos tenido, a la par que un mosaico geográfico, uno cultural e idiomático”.*

Por lo tanto, y en términos generales: *“El período neolítico en los Andes Centrales fue un proceso pluricultural milenarío, que involucró la participación de múltiples grupos humanos. A partir del Arcaico Tardío, este proceso fue repotenciado al intensificarse el intercambio de productos y de experiencias adaptables. Se crearon así las condiciones necesarias para el desarrollo civilizatorio.”* (Shady, 2000: 48).

De este intercambio de productos y cultural fueron surgiendo los rasgos homogéneos, que luego dieron paso a una identidad e imaginario regional en la medida en que la lengua y las costumbres se extendían con estas redes comerciales, y posibilitaron la comunicación más o menos permanente de los tres macro-nichos ecológicos en los cuales se mueve el mundo andino: sierra, costa y oriente, el que se manifiesta nítidamente en la conformación espacial del actual departamento de Nariño, siendo en la práctica el único con estas características ecológicas en todas las regiones de Colombia. Este mundo se interrumpe con la llegada de los conquistadores europeos, los que traen sus propios imaginarios de conquista imbuidos en las guerras contra los moros en la península Ibérica, lo que se muestra en la imaginería religiosa, donde los santos que logran subir primero a los altares son aquellos que tienen una larga tradición en la lucha contra la herejía musulmana, como lo explica Sergi Gruzinski (2001: 154): *“Los cristianos quemaban los tem-*

*plos e imponían sus dioses, y se negaban al compartimiento o la sobreimposición para exigir la aniquilación de los cultos locales. No contentos con eliminar a los antiguos sacerdotes y a una parte de la nobleza, los españoles se reservaban el monopolio del sacerdocio y de lo sagrado, y, por lo tanto, de la definición de la realidad, pero, sobre todo, empleando un lenguaje diferente, tan exótico y tan involuntariamente hermético que podemos dudar que la mayoría de los indios pudieron captar su alcance exacto. Con ello, el cristianismo y la iglesia trastornaban tanto el juego como las reglas del juego. La cristianización marcó los espíritus y melló el monopolio de la idolatría, primero por sus manifestaciones exteriores, mediante la ocupación del espacio, la construcción de capillas y de conventos; mediante sus celebraciones, sus misas, sus fiestas; por el ritmo de su calendario... arrasados los antiguos templos, prohibidos los antiguos cultos, la iglesia y el cementerio se constituían en los nuevos polos religiosos del pueblo, según lo muestran los mapas trazados por los propios indios”.*

De esta manera, en la conquista se inicia el proceso de dominar el espacio social y la mente de los vencidos, lo que luego en la colonia, se reafirma con la consolidación de la cosmogonía del vencedor, que pasa posteriormente, con pocas modificaciones a la República y que se pronuncia con toda la fuerza hasta bien entrado el siglo XX, cuando la sociedad local, aislada, con escasa presencia de las instituciones del Estado Nacional, prácticamente vivía en una teocracia que,

como tal, tenía a sus propios agitadores sociales, como es el caso del padre filipense Francisco de la Villota, verdadero Pedro el Hermitaño del siglo XIX, o los diferentes censores sociales que lo sucedieron durante el siglo XX, y el que nos describe con gran detalle el primer rector de la Universidad de Nariño, Fortunato Pereira Gamba (1919), cuando en el año 1905, recién creado el departamento de Nariño y al ingresar, junto a su primer gobernador, Julián Buchelli, por las calles de Pasto, la población aclamaba al político, pero tenía grandes reservas sobre el académico: “A usted lo miran más que al Gobernador, todos los ojos están clavados en usted, lo creen el diablo”, le dijo uno de los Secretarios de la naciente Gobernación al nuevo rector. Indudablemente, los temores por los efectos que la modernidad podía traer a una sociedad pastoril, como la nariñense, eran evidentes.

Sólo se cuestionan estos imaginarios sociales con la crisis generada por la globalización de la economía a principios de los años ochenta del siglo pasado, cuando el departamento de Nariño se vincula al circuito mundial de economía a través de la producción de alcaloides y opiáceos, los que cambian el uso histórico del suelo agrícola y de la región minera de la llanura del Pacífico y, con el ingreso del sistema de plantación de la palma aceitera, los cuales desterritorializan a un inmenso número de comunidades negras e indígenas de la zona, modifican su estructura familiar, crean nuevos valores éticos basados en la ganancia ilimitada y la violencia sin límites, y surgen nuevas

poblaciones que, a su vez, son centros de comercio ilícito y lícito de mercancías, en un departamento que, según el Centro Nacional de Estadísticas, (DANE), es el segundo departamento con más pobres en Colombia y uno con los índices más altos en muertes violentas y desplazamiento forzado, que pasan en pocos años, de ser una sociedad pastoril (rural), a una sociedad con un alto grado de anomia social, donde surgen modelos de ganancia rápida, como el denominado fenómeno de las 'pirámides' y donde, según el censo poblacional de 2005, uno de cada cuatro nariñenses vive fuera de su territorio.

## 6. Referencias citadas

- APPADURAI, A. 1996. **Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization.** University of Minnesota Press. Minneapolis-USA.
- AVILA SANDOVAL, S. 2003. *Una reflexión sobre la historia de la economía prehispánica.* **Revista Análisis Económico.** XVIII (39): 325-340.
- BOISIER, S. 2001. *Crónica de una muerte frustrada, el territorio en la globalización.* Charla pronunciada el 27 de julio. INAP. Chile.
- BORJA, M. 1996. *Estado, sociedad y ordenamiento territorial en Colombia.* IEPRI. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá-Colombia.
- CALERO, L. F. 1991. *Pastos Quillacingas y Abades 1535-1700.* Biblioteca Banco Popular, Colección Textos Universitarios. Bogotá-Colombia.
- CASTELLS, Manuel. 1995. **La ciudad informacional, tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional.** Alianza Editorial, Madrid-España.
- CASTELLS, M. 2004. **La ciudad informacional, tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional.** Alianza Editorial. Madrid-España.
- CORAGGIO, J. L. 1989. **La cuestión regional en América Latina.** Centro de Investigaciones Ciudad., Quito-Ecuador.
- CORAGGIO, J. L. 1997. *La política urbana metropolitana frente a la globalización.* **EURE,** Vol. XXIII, N° 69.
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE ESTADÍSTICAS (DANE). Boletín mensual. Bogotá-Colombia.
- DIARIO EL PAÍS. 2010. Edición del 18 de febrero. Madrid-España.
- DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. 1983. (On line) Disponible en: <http://www.rae.es/drae>
- DUVERGER, M. 1972. **Las dos caras de Occidente.** Ediciones Abril, Barcelona-España.
- FALS BORDA, O. 2000. **Acción y espacio, autonomías en la nueva República.** TM Editores. Bogotá-Colombia.
- FALS BORDA, O. 1988. **La insurgencia de las provincias.** IEPRI-UNAL. Bogotá-Colombia.
- GRUPO PROPUESTA CIUDADANA. (On line). Disponible en: <http://www.propuestaciudadana.org.pe/>
- GRUZINSKI, S. 2001. **La colonización de lo imaginario.** Fondo de Cultura Económica, México.
- HOFFMANN, O. 2007. **Comunidades negras en el Pacífico colombiano.** **Innovacio-**

- nes y dinámicas étnicas.** Abya Yala-CEMCA-CIESAS-IRD-IFEA. Quito-Ecuador.
- JIMÉNEZ, G. 2001. *Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas.* **Revista Alteridades.** 22(11): 5-14.
- MATUS, C. 1994. **El Método PES (Planificación Estratégica Situacional).** Centro de Estudios de la Realidad Boliviana (CE-REB). 2ª ed. La Paz-Bolivia.
- MARX, K. y E. HOBBSAWN. 2004. **Formaciones económicas pre-capitalistas.** Editorial Siglo XXI. México.
- MEERTENS, D. 2002. *Desplazamiento e identidad social.* **Revista de Estudios Sociales.** 11: 101-102.
- MENDOZA M., Alberto. 2000. Colombia: Estado regional y ordenamiento territorial. Sociedad Geográfica de Colombia. Bogotá-Colombia.
- MONTALVO, J. 1898. **Lecturas de Juan Montalvo.** Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios. Quito-Ecuador.
- MURRA, J. 2002. **El mundo andino, población, medio ambiente y economía.** IEP, ediciones. Lima-Perú.
- OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA LA DROGA Y EL DELITO (UNODC). 2009. **Monitoreo de cultivos ilícitos.** Gobierno de Colombia. Bogotá-Colombia. (On line). Disponible en: <http://www.unodc.org/documents/crop-monitoring/Colombia/Colombia-Censo-2009-web.pdf>
- OVIEDO, R. 2005. *Relaciones y visitas de tasación en las tierras altas del Departamento de Nariño.* Alcaldía municipal de Pasto, dirección de Cultura. Pasto-Colombia.
- PALACIOS, J. J. 1983. *El concepto de región: Dimensión espacial de los procesos sociales.* **Revista Interamericana de Planificación,** vol. XVI I (66): 56-68.
- PEREIRA GAMBA, F. 1919. **La vida en los Andes colombianos.** Editorial El Progreso. Quito-Ecuador.
- ROFFMAN, B. A. 1983. **Políticas estatales y desarrollo regional.** Ediciones CEUR. Lima-Perú.
- SANTOS, M. 2000. **La naturaleza del espacio.** Ariel Geografía, Barcelona-España.
- SALOMON, F. 1980. **Los señores étnicos de Quito, en la época de los Incas.** Instituto Otavaleño de Antropología. Quito-Ecuador.
- SHADY SOLÍS, R. 2000. Caral-Supe y la costa norcentral del Perú: La cuna de la civilización y la formación del estado prístino. En: **Historia de la cultura peruana.** 45-87. Tomo I. Fondo Editorial del Congreso del Perú. Lima-Perú.
- TOVAR, H. 1997. **La estación del miedo o la desolación dispersa.** Ariel Historia, Bogotá-Colombia.
- VILORIA DE LA HOZ, J. 2007. *Economía del Departamento de Nariño: Ruralidad y aislamiento.* Documento de trabajo sobre economía regional. No 87. Colombia.